

Octavio Paz. El compás, el círculo y la utopía

ÓSCAR ALTAMIRANO

A Federico Reyes Heróles

RESUMEN: En este ensayo, el lector encontrará una reflexión sobre el pensamiento revolucionario de Octavio Paz, quien incorporó a su visión del mundo la concepción del círculo como imagen del ser eterno, del devenir incesante. El autor trata de explorar “el constante movimiento intelectual de Paz, y el rasgo distintivo que emana de ese movimiento y encandila la mirada de sus lectores: la lucidez”.

I. *Las coordenadas*

Ha transcurrido ya un año desde el fallecimiento de Octavio Paz; las notas, los escritos, los obituarios han sido abundantes. No es para menos. “La aparición de Octavio Paz en la cultura mexicana —como bien dice Gabriel Zaid— ha sido un milagro, que la subió de nivel en una sola vida, como esos árboles que de pronto empiezan a echar ramas y a crecer más allá de lo esperado, hasta cambiar el paisaje mismo, del cual se vuelven símbolos” (9).

Efectivamente, se trata de un árbol mágico que posee cualidades misteriosas y cambiantes: siempre es el mismo y siempre es otro. Nos acercamos y cambia el paisaje, nos retiramos y ya no vuelve a ser el mismo. El punto de referencia se ha transformado; la brújula se desconcierta; se rompe el orden rígido de nuestras articulaciones intelectuales acostumbradas a repetir un solo movimiento y, de pronto, nos vemos abandonados a nosotros mismos sin saber qué hacer o qué decir.

El artículo de Zaid “Un espíritu excepcional” publicado por *Vuelta* pone el dedo en la llaga:

¿Cómo compaginar la inspiración y el amor con su vastísima cultura? Parecen mundos divergentes: la sensibilidad y la creatividad de los poetas, la curiosidad y el análisis de los especialistas [...] Desde la perspectiva departamental que impone la burocracia académica (especialidades, poderes, presupuestos) o desde la perspectiva inglesa actual de lo que debe ser la carrera de un poeta, no es fácil entender la obra de Octavio Paz. ¿A qué departamento corresponde? Su trayectoria adquiere claridad bajo un perfil romántico: nuestra emancipación cultural. Su obra es de una ambición desmesurada para las perspectivas jurisdiccionales; anacrónica para los ingleses que sienten que la cultura inglesa ya es simple y sencillamente cultura; pero ineludible y central, como una deuda histórica, para la cultura mexicana (10).

Bien, antes de entrar en detalles es preciso señalar que en el instante mismo en que una institución académica caiga en la tentación de ubicar la obra de Paz dentro de algún departamento, lo más probable es que tenga que inaugurar uno nuevo, porque a la larga o a la corta, Paz rompe casi todos los esquemas y cánones excepto dos: el uso de la palabra y el código del movimiento revolucionario: *su movimiento-circular-revolucionario*.

Esto último, a mi juicio, resulta particularmente importante porque no sólo podría constituir el origen de las divergencias que advierte Gabriel Zaid, también podría justificar las paradojas que llevan a Fernando Savater, en otro artículo publicado por *Vuelta*, a calificar el intelecto de Paz como “uno de los más lúcidos de nuestro tiempo, incluso de los más *contradictoriamente* lúcidos” (22).

La obra ensayística de Paz, de entrada, impone un movimiento. No estamos hablando de una invitación o una seducción tanto como de una imposición sustentada por la autoridad que le brinda su vasta erudición y la sencilla elocuencia de su prosa. Convengamos en que una producción literaria tan excepcional reunida en catorce volúmenes no puede menos que producirle al lector culto una mezcla abigarrada de sensaciones que van desde el enriqueci-

miento, la gratitud y el asombro, hasta el miedo, la confusa admiración o el resentimiento sin motivo. Esto es más que evidente, y no reconocerlo sería una lamentable insensatez. Porque la obra de Paz no ha sido ni será jamás leída por lectores de *best sellers*, sino por lectores estudiosos, que buscan ampliar su propia visión del mundo y, en consecuencia, prosperar.

Si a Fernando Savater el genio de Octavio Paz le resulta “contradictoriamente” lúcido, y a Zaid le asombran los “mundos divergentes”, ¿qué decir del resto de sus lectores?, ¿cómo observar el genio de Paz sin caer en una confusa admiración, o, de plano, brincar al otro extremo y sumarse al grupo de intelectuales que Harold Bloom, con todo el tino del mundo, denominó *La Escuela del Resentimiento*?

El presente ensayo no pretende resolver el enigma con una fórmula mágica, evidentemente. Más bien, es una breve exploración del constante movimiento intelectual de Paz, y del rasgo distintivo que emana de ese movimiento y encandila la mirada de sus lectores: la lucidez. A estas dos características esenciales de la obra de Paz se contraponen, a continuación, una analogía renacentista que, a manera de espejo, nos ofrece una visión opuesta al oscurantismo propagado por la *Escuela del Resentimiento*.

Antes que nada, conviene recordar que Paz perteneció a una familia de revolucionarios y nació, además, en un momento crucial para México y para el mundo: 1914. De acuerdo con la tradición de los historiadores no es sino hasta ese año que concluye realmente el siglo XIX y comienza el siglo XX. En Europa estalla la primera guerra mundial, y, en México, la revolución mexicana marca la pauta de nuestros futuros esfuerzos como nación.

El temperamento del joven poeta no fue en modo alguno inmune al espíritu de su tiempo. Paz fue también un revolucionario. Pero su revolución, aunque estuvo a punto de ser la del caudillo insurgente, se convirtió en la “revuelta” de quien piensa a medida que siente; la *revolutio-onis* de quien va y viene; de quien observa el constante ir y venir del pensamiento en su permanente oscilación entre la oscuridad y la luz, la memoria y el deseo, el dolor y el anhelo. ¿Qué fue lo que produjo semejante cambio de dirección en un hombre de temperamento tan aguerrido?

En *Itinerario*, Paz relata algunas de las experiencias, dolores y confusiones que se resolvieron en favor del escritor y no del caudillo. En dicho relato, Paz también nos cuenta cómo experimenta, hacia 1951, con Albert Camus, la constatación de un movimiento intelectual que él mismo ya había vuelto a ver con inmensa simpatía:

En las páginas finales de *L'Homme révolté* —nos dice Paz— Camus hace una defensa de la mesura. En un mundo como el nuestro, que ha hecho de la desmesura su regla y su ideal, atreverse a proponer la mesura como respuesta a nuestros males reveló una gran independencia de espíritu. El acierto mayor fue unir la mesura a la revuelta [...]. Para Camus la salud moral y política estaba en el regreso a las fuentes mediterráneas de nuestra civilización, que él llamó *el pensamiento del mediodía*. La expresión y la idea me impresionaron tanto que, cuando leí el libro, escribí unas líneas. Ahora me atrevo a reproducirlas porque son casi desconocidas: “En un libro reciente Camus pide una revuelta fundada en la mesura mediterránea. El mediodía griego es un símbolo, punto fijo y vibrante donde se reconcilian los opuestos que hoy nos desgarran: orden y libertad, revolución y amor. ¿Podemos ver de frente al sol de mediodía?” (1995: 88-90).

¿Podemos? ¿Podemos encarar la luminosidad del astro sin perder nuestra visión? ¿Podemos trazar una circunferencia luminosa y venerar la majestad humana desprovista de arrogancia y soberbia al tiempo que nuestra voluntad le cierra el paso al espíritu de la pequeñez?

II. *El compás de Leonardo Da Vinci*

Una de las cosas que más llaman la atención en los ensayos de Paz, es su insistencia, casi obsesiva, en desbaratar la palabra “revolución”. Su lucha es casi desesperada. Habla de giros, de vueltas, de revueltas, de espirales; fabrica parábolas, metáforas; se vale de todos los recursos posibles para evocar la naturaleza oscilatoria y rotativa de todo movimiento, para regresar, finalmente,

al uso de una palabra deteriorada cuya definición moderna ni siquiera es necesario reproducir.

La revolución intelectual de Paz es un movimiento increíblemente similar al fenómeno descrito por Leonardo Da Vinci cuando notó que era imposible trazar un círculo perfecto con el compás, pues el inevitable desgaste de la punta del lápiz le impide al trazo inicial coincidir con el trazo final. Es decir, el pensamiento, a medida que revoluciona, *evoluciona*; llega al origen; se aproxima al principio de todo, pero ya no es el mismo, simple y sencillamente está de regreso: ha vuelto. Por un lado se ha desgastado, por el otro ha renacido. Así, el pensamiento de Paz oscila entre la memoria y el deseo de nuestro siglo manteniendo un brazo firme en el punto central, en el punto de la lucidez. Es el punto donde cualquier opinión, reflexión o creación poética puede ser lanzada con la serenidad y confianza de quien intuye que acertará en el blanco, precisamente porque su atención *no se concentra exclusivamente en el blanco*, sino en ese punto intermedio donde convergen todas las líneas: el pasado y el porvenir, la razón y el instinto, el resentimiento y la admiración, la angustia y la serenidad. Se trata de un movimiento que por encima de todo busca la conciliación de los opuestos; anhela la paz en la luz y viceversa. ¡Vaya manera de revolucionar en pleno siglo xx!

Con el objeto de ampliar esta idea del movimiento revolucionario y sus profundas implicaciones sería absurdo no recurrir a las palabras del propio Paz:

La palabra es un puente mediante el cual el hombre trata de salvar la distancia que lo separa de la realidad exterior. Mas esa distancia forma parte de la naturaleza humana. Para disolverla, el hombre debe renunciar a su humanidad, ya sea regresando al mundo natural, ya trascendiendo las limitaciones que su condición le impone. Ambas tentaciones, latentes a lo largo de toda la historia, ahora se presentan con mayor exclusividad al hombre moderno. De ahí que la poesía contemporánea se mueva entre dos polos: por una parte, es una profunda afirmación de los valores mágicos; por la otra una vocación revolucionaria. Las dos direcciones expresan la rebelión del hombre contra su propia condición. "Cambiar al hombre", así, quiere decir renunciar a serlo: hundirse para siempre en la inocen-

cia animal o liberarse del peso de la historia. Para lograr lo segundo es necesario trastornar los términos de la vieja relación, de modo que no sea la existencia histórica lo que determine la conciencia sino a la inversa. La tentativa revolucionaria se presenta como una recuperación de la conciencia enajenada y, asimismo, como la conquista que hace esa conciencia recobrada del mundo histórico y de la naturaleza (1994: 62-63).

He aquí una descripción excepcional del movimiento revolucionario que opera en la mente de Octavio Paz. El círculo perfecto representa la utopía, y si quisiéramos trazarlo, requerimos del compás: es decir de la palabra como puente entre el ser y lo otro, la palabra como pieza inseparable del entendimiento, y la palabra como el substrato del lenguaje inteligible del universo. Pero, una vez trazado el círculo perfecto, ¿para qué queremos el compás?

Al trasladar esta idea de la piedra filosofal a la *polis*, y al triste ámbito revolucionario del siglo xx podríamos preguntarnos: una vez trazado el círculo, una vez desplegado el entendimiento en toda su extensión, ¿cuáles serían los propósitos del Estado? ¿A qué tareas se verían reducidas las actividades del gobierno? ¿En función de qué necesitaríamos las armas?

A los ojos de Paz, las utopías y los movimientos revolucionarios del siglo xx no podían ser otra cosa que el rotundo fracaso del hombre que desea trazar el círculo perfecto a expensas del compás, o, si se prefiere, a expensas del puente que comunica lo uno con lo otro.

Pero, el pragmatismo, por supuesto, aniquila el vaivén del compás, porque sustituye la atrevida amplitud de su movimiento con un inicuo "hablando se entiende la gente". ¡No, también se engaña! Ese es, justamente, el muro impenetrable contra el cual se estrella toda filosofía y nuestras aspiraciones a una vida plena en comunidad. Porque hablar no es sinónimo de entender, y si lo fuera, también sería sinónimo de timar. El habla no es el fin, es un *medio*, y como tal, es susceptible a toda manipulación ventajosa. La comunicación es el camino al entendimiento de un estadio circular que abarca lo diverso, favorece su comunión y, en definitiva, lo *comprende*.

Mas este estadio de comprensión no puede ser, *en principio*, único y central. Primero porque no existe compás alguno que

pueda abarcar el todo, y segundo porque la comprensión del todo requiere de otros compases que puedan enlazar una circunferencia con otra. Así, la diversidad —los diferentes centros— permanecen comunicados, y las innumerables circunferencias, enlazadas la una con la otra, terminan por abarcar el todo.

III. *El vaivén*

Una vez que se sitúa el compás en el centro de lo que será el círculo, y una vez que se comienza el trazo de la circunferencia, ¿quién se atrevería a afirmar que no existe un futuro? Mejor aún: ¿quién se atrevería a afirmar que el futuro de esa circunferencia recae estrictamente en su pasado? “Trastornar los términos de la vieja relación” implica un cambio de dirección, un retorno hacia el trazo inicial *en función del trazo que marcha hacia adelante*. El futuro puede estar hacia un lado o hacia el otro, pero si se pierde el centro ya no está en ninguna parte.

Renunciar al vaivén, de acuerdo con Paz, es ser víctima del “tiempo sucesivo, lineal e irreversible”, es decir, la idea moderna y lamentable de un tiempo que no contempla las leyes que rigen los movimientos más elementales de la naturaleza.

El vaivén del compás es el ir y venir que impone la conciencia: primero hacia un sentido, y luego hacia el otro; los primeros dos trazos implican una contradicción, el tercero y el cuarto, una reconciliación. En otras palabras, es una búsqueda permanente entre los contrarios, un intercambio que anula los antagonismos y hace de todos los trazos en el perímetro un conjunto en armonía.

Al reflexionar sobre la cultura griega, Paz nos dice:

Cuando el ser cambia, como en Heráclito, lo hace bajo el modo armónico de la repetición, esto es, de la vuelta a sí mismo: eterno ritmo del combate que se resuelve en abrazo, de la separación que termina en unión para ser de nuevo separación y así sucesivamente y para siempre. El horror al cambio y al movimiento llevó a Platón y a Aristóteles a venerar al círculo como imagen del ser

eterno: al girar, vuelve continuamente al punto de partida (1995: 126-127).

Bien, no podríamos afirmar que el arte de la Grecia antigua se caracterice precisamente por la variedad de formas y estilos. Los griegos hicieron básicamente lo mismo durante cientos de años, y lo hicieron formidablemente, las variantes las introducía el tiempo; el desgaste de la punta del lápiz y el renacimiento del círculo; recreación más que invención. Con Paz ocurre algo parecido, su literatura no es la literatura de la imaginación en el sentido fantástico o quimérico de la palabra. La imaginación de Paz apunta hacia el sur, hacia el punto cardinal donde la China de Kung Tse ubica la claridad del pensamiento.

Por otro lado, sabemos muy bien que desde tiempos inmemoriales, la humanidad no ha encontrado una mejor manera de explorar su identidad y condición que a través de los opuestos. Se trata más de una afirmación que de una negación. Entre los opuestos encontramos fácilmente las distinciones que nos reafirman al igual que su común denominador. Somos esto gracias a lo otro, y lo otro es lo que es gracias a nosotros. Lo que nos niega tajantemente nos reafirma con la misma contundencia. La dualidad es siempre recíproca y complementaria, no antagónica: la noche le debe tanto al día como el día a la noche, lo uno sin lo otro no es nada, la extinción de uno implica la extinción de otro; sin embargo, muy a menudo, chocamos con las más leves diferencias, ¿por qué? Con las diferencias surge la confusión y crece la raíz de la negación. Descalificamos lo que difiere de nosotros porque negamos la existencia de un común denominador que no concuerda con las ideas establecidas *a priori*, es decir, antes del vaivén.

El dogma es la representación *in excelsis* de la idea establecida *a priori*. Y su centro se considera sagrado porque el círculo entero depende del punto central. El pensamiento claro refuerza su identidad *por medio* del vaivén, el pensamiento confuso la pierde. En este sentido, la negación surge como el protector de un círculo cuyo centro se ve amenazado por otro cuerpo celeste poseedor de una fuerza de gravedad similar o mayor. En los niños, esta negación

ción es un acto de sana rebeldía, en los adultos, es casi siempre una necesidad.

La fuerza de gravedad de Paz, por la naturaleza de las circunstancias, es infinitamente mayor que la del lector común y corriente quien, con toda seguridad, no lo lee, y si lo leyera reconocería de inmediato cuántas cosas le quedan por aprender. No obstante, un lector de la talla de Savater posee ya una luz propia, y cuando un lector con luz propia se acerca a la obra de Paz, surgirá, inevitablemente, un fenómeno de atracción y repulsión como el que se da entre dos imanes: ambos prefieren la luz (el polo positivo), pero uno de los dos tendrá que someterse y girar, o bien anteponer un saludable “estoy en desacuerdo”, cosa que, siendo objetivos, es lo mejor que le puede pasar a la literatura a finales del siglo xx, pues ya sabemos que la desilusión es el escalón que se pisa inmediatamente después de la admiración excesiva, y así, ninguna crítica puede ser sana. Quien desea estudiar el rayo que proviene de una fuente de luz, no tiene más que dos alternativas: esperar a que disminuya la incandescencia, lo que resulta absurdo, o utilizar ese rayo para explorar los extraños efectos que produce en la propia oscuridad. ¿Cómo acceder al vaivén de Paz y su luz, enriquecer nuestro centro sagrado y descubrir que, después de todo, existe un común denominador único y universal que todos, *en el fondo*, compartimos?

IV. *El trazo inicial*

La pregunta anterior concierne, desde luego, a la crítica y al análisis literarios, pero, además, puede y debe ser incrustada en el ámbito de la filosofía política. Primero porque un buen análisis literario no debiera contemplar únicamente el ejercicio intelectual y el placer puramente estético sin una piedra de toque con la cual trascender, y, segundo, porque el propio Paz ya planteó la pregunta en ese sentido: “¿cómo lograr que las sociedades modernas regresen, no a la inmovilidad sino a un ritmo histórico que combine el movimiento con el reposo e inserte lo relativo en lo absoluto?”

Como es bien sabido, a lo largo de la *Divina Comedia*, Dante debe descender al infierno y pasar por el purgatorio antes de lle-

gar al paraíso de la luz. Pero Dante es Dante, y sabe que está en el infierno. La mayoría de nosotros, en cambio, no lo sabemos, a decir verdad negamos el infierno y vivimos en él aferrados al dogma fraudulento de la sociedad moderna, tal como los hombres y mujeres del *duecento* soportaron la tortura del oscurantismo aferrados al dogma del cristianismo. El individuo oportunista, por otro lado, como los envidiosos que transitan por el purgatorio de la *Divina Comedia*, pareciera que lleva los ojos cosidos por un hilo de hierro, de tal suerte que, por más luz que pueda haber a su alrededor, no ve nada. Su tortura será presenciar el ascenso de otros al paraíso terrenal, al tiempo que tropieza con el menor obstáculo o cae en la fosa que ha cavado para sí mismo. Dante, en cambio, desde que se encuentra a las puertas del infierno, ya tiene los ojos abiertos, y gracias a esto nos puede contar todo lo que ve.

El acto de abrir los ojos constituye un dilema personal, tan único e individual como la huellas dactilares. A la *polis* le corresponde, únicamente, equipar al individuo con todos los compases y brújulas que tenga al alcance para que éste pueda realizar su viaje a través de las primeras dos etapas, ineludibles en la vida, sin estropear la naturaleza y de la manera más enriquecedora posible. Para ello, tendremos que escuchar, tarde o temprano, la voz de la *otredad*, es decir, la voz que es de todos y de nadie y a la cual Octavio Paz consagró ensayos y poemas. Sin esa voz que abarca lo diverso, nuestra sociedad permanecerá con los ojos cosidos hasta que el peñasco de la realidad se desprenda y nos aplaste, o bien, destruya muchos de los edificios que inútilmente hemos construido. Será entonces cuando la sociedad experimentará, en masa, el terror que todos hemos experimentado al darnos cuenta de que no hemos estado avanzando en línea recta, como creíamos, sino en círculos. Nos encontraremos en el mismo punto donde comenzamos, pero la punta del lápiz se habrá desgastado, estaremos cara a cara con el eterno retorno —principio y fin del callejón sin salida, utopía en el peor sentido de la palabra y variante aterradora del juicio final.

Paz, al igual que Dante y todos los grandes poetas, advierte que el único remedio para cruzar las primeras dos etapas de la vida es escuchar y dialogar con la voz de la “otredad”. Esa voz es

la del poeta, esa voz es la de todos, esa voz tiene un vaivén, por esa voz vive y muere el poeta de todos los tiempos, y esa voz nos obliga a consagrar nuestros esfuerzos a la actividad específica que corresponda a las capacidades que la naturaleza y el tiempo ha destinado para cada quien, con una pequeña variante tan única, excepcional e irrepetible como la huella dactilar. El reconocimiento de esa huella no es otra cosa que el reconocimiento de nuestro destino.

Para que la sociedad “combine el movimiento con el reposo e inserte lo relativo en lo absoluto” será necesario dar un primer paso; abrir los ojos, contemplar el abismo, aferrarse al compás y vencer la dificultad con la fuerza y delicadeza del índice y el pulgar, en pocas palabras: volver al primer trazo.

V. *El eje*

Llegamos ahora al punto que ha sido blanco de todas las filosofías, teosofías, artes, ciencias y mitologías: ¿quién le da vueltas al compás? Para los griegos eran las musas, para Dante “Amor”, para Leonardo el “Primer Motor”, para Octavio Paz todas las voces son una y todas convergen en la “otredad”.

Mientras que para Leonardo el “Primer Motor” es el eje del compás, el eje que hay que venerar, el eje para y por el cual gira el arte más elevado, para Dante, ese “Primer Motor”, está en la novena esfera y sólo es alcanzable por “Amor”. En el noveno cielo los movimientos circulares son cada vez más sencillos y perfectos. Los nueve círculos, en esa región, se mueven a velocidades vertiginosas y su perfección corresponde a ese primer móvil que, curiosamente, ¡no se mueve! ¿Armonía y concordia perfectas o misteriosa contradicción?

La contradicción, en palabras de Paz, “nace de la identidad, en un proceso sin fin. El hombre es pluralidad y diálogo, sin cesar, acordándose y reuniéndose consigo mismo, mas también sin cesar dividiéndose”. ¿Por qué no aceptar esas contradicciones y divisiones que emanan de la identidad? ¿Acaso hay algún poeta más contradictorio que Dante?

VI. *Las coordenadas*

Nadie sabe ni puede saber qué dichas o desdichas nos depara el siglo que viene. Sin embargo, es de llamar la atención el que ya comience a especularse sobre un posible *neorenacimiento*. Esto, evidentemente, entraña un deseo más que una realidad. A estas alturas, el renacimiento es más bien un símbolo de la nostalgia propia de nuestros tiempos, pues, sin duda alguna, hemos vivido en un verdadero oscurantismo.

Leonardo jamás creyó en el progreso. Su fe estaba puesta en el hombre. No hay nada más lejano para nosotros que esa fe. Nuestra fe es abyecta, y está puesta en todo menos en el hombre. A decir verdad hemos degradado a la humanidad misma, a tal grado, que la obra de Paz nos puede parecer soberbia y arrogante. Todo lo contrario. La obra de Paz resulta humana, demasiado humana.

El resentimiento que surge en torno a su figura (resentimiento que puede uno constatar en algunos círculos intelectuales) es inquietante por su doble cara. En estos tiempos necesitamos la luz, venga de donde venga y venga de quien venga. Paz lo sabía y recurrió a todas las fuentes de luz, desde los filósofos chinos; desde Heráclito, Platón, Aristóteles, Epicuro, Nietzsche, Shopenhauer y Freud, hasta los estoicos y el budismo Zen. La lista es casi interminable. Paz elaboró su propio compuesto luminoso y recorrió casi todos los campos. Su imagen, en este sentido, es renacentista. Ver a Paz de arriba para abajo es una tontería y el colmo del absurdo, verlo de abajo para arriba es totalmente explicable pero innecesario. Muchos de nosotros no tenemos la vara para medirlo. Pero ciertamente la tiene Dante y, ciertamente, la tiene Leonardo. Los renacentistas nos permiten ver al otro como lo que realmente es: nuestro prójimo y nuestro igual. Sus entrañas y su cerebro ¿son distintos?, ¿su dolor es mayor que el nuestro?, ¿su voz no es, al fin, la nuestra?

La obra de Paz constituye una herramienta inmejorable para comenzar con algo que la humanidad ha olvidado: romper con los prejuicios y sembrar las semillas en pro del bien común. Eso sería un verdadero renacimiento, un regreso a las viejas coordenadas,

una aproximación a la utopía, una lejana tierra prometida donde la poesía, según nos dice Paz, sería, al fin “práctica”.

Espejo de la fraternidad cósmica, el poema es un modelo de lo que podría ser la sociedad humana. Frente a la destrucción de la naturaleza, muestra la hermandad entre los astros y las partículas, las sustancias químicas y la conciencia. La poesía ejercita nuestra imaginación y así nos enseña a reconocer las diferencias y a descubrir semejanzas. El universo es un tejido vivo de afinidades y oposiciones. Prueba viviente de la fraternidad universal, cada poema es una lección práctica de armonía y de concordia, aunque su tema sea la cólera del héroe, la soledad de la muchacha abandonada o el hundirse de la conciencia en el agua quieta del espejo. La poesía es el antídoto de la técnica y del mercado. A eso se reduce lo que podría ser, en nuestro tiempo y en el que llega, la función de la poesía. ¿Nada más? Nada menos. (*La otra voz, Poesía y fin de siglo*).

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- PAZ, OCTAVIO. *El arco y la lira*. Obras Completas I. México: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- . *Itinerario*. México: Fondo de Cultura Económica, 1995.
- . *Los hijos del limo*. Obras completas I. México: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- SAVATER, FERNANDO. “Un educador insustituible”. *Vuelta* 259 (junio 1998): 22-230.
- ZAID, GABRIEL. “Un espíritu excepcional”. *Vuelta* 258 (mayo 1998): 9-10.